

ron en preguntarle y en hacerle recitar sus versos. Empezó por un poema heroico sobre la ciudad de Tebas, tan querida de los griegos, al que siguieron despues varios himnos á los dioses inmortales, que inspiraron á sus oyentes patriotismo y piedad. La patria y el cielo son las dos notas que resuenan mas universalmente en el alma de los hombres reunidos. Tomáronle por un mendigo divino que ocultaba al dios bajo las apariencias de la humanidad. La conversacion fué prolongándose y recayó luego entre Homero y los sabios de la ciudad, sobre las mas bellas poesias que Orfeo y sus discipulos habian esparcido en la memoria del pueblo. Formó su juicio acerca de ellos y les alabó como hombre capaz de igualarlos. Reveló el artista soberano en una inspiracion sublime. El auditorio le suplicó honrase su ciudad con una larga permanencia; envidiaron al curtidor la gloria de haber sido el primer huésped de aquel desconocido, y le enviaron presentes para tener su parte y su gloria en la hospitalidad que el tundidor de pieles daba al cantor de los dioses.

VIII.

Durante cierto tiempo vivió en Neotichos con los productos de su musa. En tiempo de Herodoto se enseñaba aun el sitio donde se sentaba para recitar sus versos, y el antiguo álamu cuyas primeras hojas cayeron sobre su frente.

Así que hubo agotado el asombro y la admiracion de los habitantes, temió no les importunase una hospitalidad mas prolongada y partió tan pobre como habia llegado, no debiéndoles otra cosa que el sustento que le procuraron en aquel tiempo. Dirigió sus pasos hácia Cimea, y en el camino compuso algunos versos en honor de los cimeos, para merecer de ellos una buena acogida. Al pasar por Larisa y á petición de los ciudadanos, les dictó una inscripcion en verso para colocar en una columna levantada á la memoria de un rey que amaban mucho; aun subsisten estos versos. Se nombró al llegar á la puerta de Cimea, se hizo reconocer como un descendiente de los cimeos, é introducido ante la asamblea de los ancianos, les encantó con sus poemas. Encantado él mismo de hallar hombres tan amantes de la lira, se comprometió á permanecer entre ellos y á procurar la inmortalidad á su patria, si la ciudad queria solo asegurarle un abrigo y la subsistencia. Los ancianos le hicieron que se presentase ante el senado para ratificar aquel contrato entre sus conciudadanos y él. Acompañóle un gran séquito de admiradores, y allí de pie, en presencia de los senadores renovó su petición, y se retiró, des-

pues de haber cantado, para esperar la decision de los grandes. Todos se hallaban inclinados á sustentar á Homero por el precio de gloria que prometia á la ciudad, pero uno de esos hombres descontentados que se creen mas sabios que la muchedumbre, porque carecen de su entusiasmo y de su corazon, se levantó representando que si la ciudad se comprometia de aquel modo á acoger y alimentar á todos los cantores ciegos que vagaban por la Jonia, arruinaria el tesoro público. El senado entonces, no queriendo aparecer menos prudente y menos económico del dinero del pueblo que aquel senador, varió de opinion y negó la hospitalidad á Homero. El jefe del senado fué el encargado de anunciar aquella dura contestacion al poeta: sentóse sobre una piedra á su lado, y trató de dulcificar aquella negativa con consideraciones de prudencia y de interés público que era lo que habia decidido el voto del senado. Homero, entristecido é indignado de la dureza de sus conciudadanos, prorumpió en lamentos y en quejas delante de la multitud enternecida que le rodeaba:

«¿A qué suerte tan miserable, esclamaba cantando y llorando al mismo tiempo, me han abandonado los dioses? Arrullado sobre el regazo de una tierna madre, su seno me ha alimentado en esta ciudad, cuyas playas bañan las olas del mar, y cuyos jardines baña el en otro tiempo sagrado Melés; perseguido por el infortunio y con los ojos privados de la luz del dia, venia aqui, á la patria de mi madre, trayendo conmigo las Musas, hijas amadas de Júpiter, para asegurar á Cimea un eterno renombre... ¡y sus habitantes se niegan á escuchar sus acentos divinos! ¡Que sean desheredados de todo recuerdo, y que sufran las penas debidas á los que insultan á la desgracia y cierran la puerta al indigente! Yo, no obstante, sabré soportar animoso, añadió, cualquiera que sea, el destino que los dioses me han concedido al imponerme la pesada carga de la vida! ya mis pies impacientes me arrastran por sí mismos lejos de esta ciudad ingrata.» Y partió, pidiendo á los dioses que jamas Cimea produjera cantores capaces de legar á la posteridad el renombre de la patria.

IX.

Llegó con mil trabajos hasta Focea, otra colonia que fué un dia la cuna de Marsella. El golfo, rodeado de rocas y sombreado por los plátanos, se asemeja á un puerto formado por la naturaleza para atraer á sus orillas un pueblo de navegantes. Florecia en Focea la poesía mas que en ninguna otra parte, porque el mar inspira los sueños y el canto: de este habia allí una escuela célebre en la ciudad, dirigida

por un hombre elocuente pero envidioso y astuto, que conocia el genio de Homero por los relatos de los mercaderes de Smirna, vecina de Focea. Este hombre que se llamaba Testhorides, al saber la llegada del pobre ciego fingió sentirse conmovido por una generosa piedad. Fué á verle y brindarle con su albergue y mesa, con la condicion de que Homero le trasladaria los poemas que habia cantado en sus viajes, y cuantos las musas le inspirasen en lo sucesivo. Homero, obligado por la miseria y la ceguera, consintió en aquellas duras exigencias de Testhorides, y vendió su genio para ganar su sustento.

Entonces fué cuando escribió el mas completo de sus poemas, *la Iliada*, obra nacional y religiosa á la vez, en la que se hallan cantadas las costumbres de los griegos, las hazañas de sus héroes y las fábulas de sus dioses, en versos á que jamás pudieron llegar los de ninguna otra lengua.

Testhorides, entretanto, habiendo enriquecido su memoria con un gran número de versos comprados á su huésped, y temiendo que el engaño no se descubriese fácilmente si los recitaba en Focea como suyos, fué á establecer una escuela en la isla de Chio, en donde se enriqueció cantando y vendiendo los despojos de Homero, mientras que el verdadero autor languidecia y mendigaba en Focea. Pero aun no era nada el ser despojado de su gloria, y fué ademas acusado de arrebatar la de Testhorides. Algunos marineros que llegaban de Chio, en donde habian escuchado al rapsodista, al oír recitar á Homero los mismos versos en el puerto de Focea, declaraban que aquellos cantos eran de un poeta de Chio. A aquel último golpe de la suerte, Homero, sufrido hasta entonces, se indignó contra aquella mofa de los dioses y quiso ir á confundir á su calumniador á Chio. Suplicó, pues, á los marineros que salian para esta isla le admitiesen en su barco, prometiendo pagarles el precio de su pasaje en poemas, de los cuales eran amantes los griegos hasta de las clases mas humildes; y aquellos compasivos marineros le admitieron á bordo como una prenda de la proteccion de los dioses. Despues de cantarles durante todo el dia, le desembarcaron por la noche en un escollo de la isla, al cual ellos mismos no se atrevieron á bajar. Homero se quedó dormido cerca de la orilla debajo de un pino, del cual se desprendió una piña sacudida por el viento y fué á caer sobre su cabeza. Aquel árbol le trajo á la memoria los bosques de Cimea, su patria, y la ingratitud de la ciudad á cuya sombra fuera en vano á buscar un abrigo. Entonces el poeta espresó un amargo recuerdo en versos dirigidos á aquel pino. Levantándose al fin trató de buscar á tientas el camino de la ciudad; los balidos de un rebaño le atraeron hácia el ruido, haciéndole esperar la intermediacion de algun pastor; los perros del ganado le acometen ladrando; pero el pastor, llama-

mado Glauco, les llama y acude al viagero para libertarle del furor de los perros. Compadecido en estremo, no podia comprender cómo un hombre privado de la vista hubiera podido subir solo aquella escarpada costa: tomó en seguida á Homero por la mano, le condujo á su choza, encendió fuego, preparó su frugal comida, é hizo sentarse á su lado al poeta, mientras que los perros pedian ya con sus ladridos la parte de comida que debia corresponderles.

Homero improvisó en verso varios consejos á los pastores sobre el modo de disciplinar á aquellos vigilantes guardias del rebaño. Mas tarde, recordando esta aventura, se pintó á sí propio en *la Odisea*, bajo la forma de Ulises amenazado y luego reconocido por su perro. La imaginacion se compone solo de los despojos de la memoria.

Despues de la comida, Homero habló al pastor de los lugares, de las cosas y de los hombres que habia visto en sus largos viajes, y le cantó los pasajes mas bellos de sus poemas que pintan la vida pastoril ó la de los marineros. El pastor, fascinado por la ciencia, el saber y la poesia de su huésped, olvidaba las horas del reposo; pero al fin se quedaron dormidos sobre las mismas hojas.

X.

Antes de rayar el alba, el pastor, dejando á Homero dormido en su cabaña, fué á la ciudad inmediata á contar á su amo el encuentro que habia tenido de aquel divino anciano, y la hospitalidad que le habia prodigado. El amo le reconvinó por haberse fiado así de las palabras de un desconocido, y mandó sin embargo á Glauco que condujera á su huésped á Bolis para poder juzgar por sí mismo de las maravillas de aquel extranjero. Homero siguió al pastor y dejó tan encantado con su conversacion y sus versos al amo, que le confió en seguida la educacion de los hijos de la casa. Al rumor de su llegada á la isla de Chio, Testhorides, temblando de verse desmentido y confundido por la presencia de aquel á quien habia usurpado la gloria, huyó de la isla y fué á ocultar á otra parte su vergüenza y su nombre.

Despues de haber educado los hijos del amo de Glauco en Bolis, Homero, cada dia mas célebre, trató de fundar una escuela pública en la ciudad marítima de Chio, capital de la isla, y encontró en aquella tierra estraña todo el favor popular que no pudo hallar en Smirna, su patria. La juventud de la isla acudia en tropel á sus lecciones, y de este modo, con las dádivas de los padres y las madres, llegó á hacerse bastante rico para procurarse á sí propio las dulzuras de una familia. Luego se casó con una hija de la isla que prefirió en él la luz del genio á la luz de los ojos. Puede juzgarse

del amor que profesara á su muger al ver las deliciosas descripciones de ternura conyugal con que amenizó siempre sus escritos. Tuvo dos hijas, fruto de aquel tardío amor; una murió niña y la otra se casó en Chio, perpetuando su raza en aquella isla, que fué la patria de su vejez.

En medio del bienestar que se había procurado en Chio, como esposo y como padre, compuso la *Odisca*, poema de su vejez, resumen de sus viajes, de sus infortunios y de su dicha, en el cual hace revivir, obrar y hablar, bajo nombres queridos, á su memoria, á él propio y á todos los personajes que renacían en su corazón por sus buenas acciones: «*Femio*, su amado maestro y segundo padre, á quien coloca sobre todos los mortales en el arte de los cantos, y el cual, pulsando la lira, preludia á sus melodiosas narraciones.»

Mentés, su amigo y su piloto en los mares, de quien dice: «Me glorío con el nombre de Mentés, hijo del generoso Anchiales; mandó á los tafios, consumados en el arte de gobernar los buques que surcan las ondas.»

Penelope, bajo cuyo nombre celebra «la belleza y la fidelidad de una casta esposa, á quien no pueden desviar de su amor, de su religión, del lecho conyugal, ni las seducciones, ni el oro de los jóvenes pretendientes, ni los rumores esparcidos sobre la muerte de Ulises, ni las ausencias, ni las adversidades, ni los harapos, en fin, de su marido.»

Tichio, el curtidor que le concedió el primero la hospitalidad en Neotichos, y cuyo nombre eterniza incidentalmente en el escudo de Ajax: «Ajax lleva un escudo de bronce, parecido al flanco redondeado de una torre; siete pieles de buey, unas sobre otras, cubren el escudo, las cuales salieron de las manos de *Tichio*, el más hábil de los hijos de Neotichos en el arte de curtir, de cortar y de coser la piel.»

No olvidó ni aun á sus esclavos, y el fiel anciano *Eumeo* es sin duda el recuerdo poético de uno de aquellos viejos servidores que la adhesión y los años incorporan en la familia, y cuyas prosperidades y decadencia signen, como la sombra del árbol doméstico crece y se retira en los umbrales con las primaveras ó los inviernos.

El rumor de su fama tardó en estenderse, pero fué inmenso y sus versos pasaron de isla en isla y de puerto en puerto en la Jonia y en toda la Grecia. Cada barco que salía de Chio llevaba algún trozo de sus poemas en la mente de los marinos ó de los guerreros; cada embarcación que llegaba á la isla, donde había fijado su residencia, le conducía nuevos admiradores y discípulos. Envejecía en la gloria más bien que por los años. Historiador de la Grecia así como su poeta, cada ciudad, colonia y familia del continente ó de las islas le suplicaba eternizase su nombre, sus hazas ó sus fábulas. Como *Minos* era juez de vi-

vos y muertos, tenía las llaves del porvenir; se le consideraba como el gran sacerdote de la posteridad. Jamás la poesía ejerció tan gran dominio sobre la tierra antes de los profetas. El genio se había hecho más que rey, se hizo dios, el dios de la inmortalidad humana.

XI.

Todos los países de la Grecia querían conservar las huellas que dejaba en su marcha aquel ciego, á quien algunos años antes habían negado amparo. Los ciudadanos y los enviados de las ciudades iban en diputación á buscarle á bordo de su embarcación y á suplicarle que visitase la Grecia, donde no se hablaba más que de él.

Cedió al fin en sus últimos años á aquellas instancias de su patria. Había perdido sin duda la compañera de su vida, que le hubiera en otro caso retenido en el hogar donde pasara sus felices días, del cual un anciano no debe separarse por temor de estraviar su tumba. Partió para visitar la última vez toda la Grecia, patria de sus versos y de su nombre.

Navegó primero hácia la montuosa isla de Samos, en donde desembarcó el día en que se celebraba una fiesta en honor de los dioses. Reconocido así que saltó á la playa por un habitante de la isla que le había escuchado en Chio, se esparció inmediatamente por la ciudad el rumor de su llegada, y acudieron los samianos á suplicarle que honrase la ceremonia con su presencia. Dirigióse al templo con la comitiva, apenas pisó los umbrales, cuando acababan de encender el fuego sagrado; cantó en versos inspirados por el resplandor del fuego doméstico: «¡Oh samianos! los hijos son la gloria de los padres, las torres constituyen la fuerza de las ciudades, los corceles adornan las praderas donde retozan pastando, las naves son el encanto de los mares, las riquezas la prosperidad de las casas; los gefes y los ancianos, sentados sobre sus tronos en la plaza pública, son uno de los más magestuosos espectáculos que puedan contemplar los ojos de los hombres; pero nada hay de más augusto y piadoso sobre la tierra que la mansión de una familia iluminada por el fuego doméstico.»

Los samianos, satisfechos del honor que aquel huésped dispensaba á su isla, le dieron el puesto preferente en el festín y le condujeron en pompa á la casa donde tenía preparado su alojamiento.

Paseando el día siguiente por la isla, cuyos parajes y ciudades se hacía describir, para reconocer con la imaginación lo que en otro tiempo viera con los ojos, pasó cerca de un horno encendido en el que algunos alfareros trabajaban y cocían el barro. También allí fué

reconocido y cercado por aquellos trabajadores, que le suplicaron se detuviese un momento en su obrador y les cantase algunos versos que immortalizasen su arte, ofreciéndole en pago de su condescendencia las mejores obras salidas de sus manos. Homero se sonrió, sentóse sobre una ánfora boca abajo, y les cantó estos versos, célebres después en los obradores de los alfareros, con el título de *La Hornaza*:

«Oh vosotros, que petrificáis el barro y me ofrecéis una jarra como salario de mis versos, escuchad uno de mis cantos!

«Yo te invoco, oh *Minerva*, diosa de la industria. ¡Dígnate descender entre estos hombres y prestar tu hábil mano á su trabajo! ¡Que los jarrones que salgan de esta hornaza, y sobre todo los destinados á los altares de los dioses, tomen un color perfecto bajo la influencia del vapor inflamado de los ladrillos! ¡Que se endurezcan gradualmente á un fuego ni mayor ni menor que el que necesiten, y que se vendan buscados por su elegancia y solidez, en las calles y en los mercados de la Grecia, para que su producto proporcione el bienestar al trabajador y no desmienta el elogio del poeta! Pero si queréis engañarme á mí, pobre ciego, y no darme las jarras ofrecidas, invoco contra vuestro horno el azote de los dioses... Que el fuego devore vuestra alfarería, que el horno produzca un ruido semejante al relincho de los caballos furiosos!... ¡Que el alfarero lamentándose contemple su ruina con los ojos bañados de lágrimas... y que nadie pueda inclinarse para ver el horno sin que le desfigure completamente el rostro la reverberación de la llama que consumirá vuestras obras!...»

Permaneció en Samos todo el invierno. Aun cuando la necesidad no le obligó ya á vender sus cantos por un pedazo de pan, continuó cantando de tiempo en tiempo por reconocimiento hácia los hospitalarios habitantes de la isla, versos arreglados á las fortunas ó condiciones de las casas que visitaba. Un niño le guiaba por las calles de la ciudad ó por las sendas del campo. La memoria de los samianos ha conservado de padres en hijos algunas de aquellas bendiciones poéticas del ciego de Chio, como medallas que se encuentran de vez en cuando en una parte ú otra, entre la arena de aquellas playas.

Como recuerdo de su antigua mendicidad, Homero, á imitación de los mendigos antiguos, llevaba en la mano una rama de árbol adornada de hojas. «Hémos aquí llegados, cantaba á su tierno guía, cerca del vasto edificio que habita un opulento ciudadano, edificio en el cual á todas horas se oye la algazara de los clientes y servidores. ¡Que se abran sus puertas para dar paso á la fortuna y con ellas á la serenidad y al descanso! ¡Que ninguna ánfora esté jamás vacía en esa dichosa morada, y que el arcon esté siempre lleno de una harina exquisita! Que cuantas veces salga la joven esposa del hijo de la casa, sea conducida en un

carro, y que las mulas de cascotes duros la vuelvan á conducir á su mansión, en la que con los pies descansando sobre un taburete incrustado de ámbar, se ocupe en ricas labores de aguja. En cuanto á mí, volveré á este tugurio, solo como vuelven las golondrinas, una vez al año...»

Los niños de Samos cantaron durante largo tiempo de puerta en puerta estos versos, al pedir limosna en las fiestas religiosas consagradas á la beneficencia y á la mendicidad.

XII.

A la vuelta de la primavera, de los vientos cálidos y de las calmas, volvió á emprender su navegación hácia el golfo de Atenas. Los marineros de la nave que le conducía se vieron precisados á detenerse por una tempestad en la pequeña isla de los, y entonces comenzó Homero á sentir que la vida se retiraba de él. Hizose trasportar á la playa de la isla para morir más tranquilamente, acostado al sol sobre la arena, y sus compañeros le improvisaron un lecho cerca del mar. Los habitantes ricos de la ciudad, algo lejana de la playa, informados de la presencia y de la enfermedad del poeta, bajaron de la colina para ofrecerle su morada y llevarle consuelos, dones y ofrendas. Los pastores, los pescadores y los marineros de la costa acudieron á pedirle oráculos, como á un eco de los dioses sobre la tierra. Prosiguió hablando entretanto en el lenguaje divino con los hombres entendidos, y conversó hasta sus últimos momentos con los hombres sencillos cuyas costumbres, miserias y penas tantas veces había descrito en sus poemas. Su alma había pasado toda entera á la memoria de aquellos con sus cantos; al entregarla á los dioses no la arrebataba á la tierra, porque había llegado á ser el alma de toda la Grecia é iba á ser en breve la de toda la antigüedad.

Después que espiró en aquella playa, á orillas de las olas como un naufragio de la vida, el niño que guiaba sus pasos, sus compañeros, los habitantes de la ciudad y los pescadores de la costa le abrieron una tumba en la arena en el mismo sitio donde él quiso morir; rodaron hasta allí una roca y en ella esculpieron estas palabras: «Esta playa encierra la cabeza sagrada del divino Homero.» Los guarda para siempre las cenizas de aquel á quien concedió la hospitalidad. La tumba de Homero consagra aquella isla oscura hasta entonces, mas que lo hubiera hecho su cuna que aun se disputan siete ciudades. La tradición de la playa en que fué sepultado el anciano ciego, se perdió dichosamente en el trascurso de los tiempos y en las vicisitudes de la isla. Ninguna ri-

validad de funerales, de monumento ó de efímera y vana piedad turba su sueño postrero. Su sepultura fueron todos sus recuerdos, su monumento sus propios versos. Enseñase solo en la isla de Chio, cerca de la ciudad, un banco de piedra semejante á un circo, al que da sombra un plátano que por medio de sus tallos se ha ido renovando desde hace tres mil años, cuyo banco se llama la escuela de Homero. Allí es, dicen, donde el ciego se hacia conducir por sus hijas y donde enseñaba y cantaba sus poemas. Desde aquel sitio se divisan los dos mares, los cabos de la Jonia, las nevadas cumbres del Olimpo, las doradas playas de las islas, aferrar las velas de las naves al entrar en sus radas ó desplegarse al salir de los puertos. Sus hijas veían por él aquellos espectáculos, cuya magnificencia y variedad hubieran distraído sus inspiraciones. La naturaleza cruel y consoladora parecia haber querido reconcentrar toda su alma en aquellos espectáculos interiores, poniendo aquel velo delante de sus ojos. Desde entonces, según dicen en las islas del Archipiélago, fué cuando atribuyeron los hombres á la ceguera el don de inspirar el canto, y los pastores desapiadados sacaron los ojos á los ruiseñores para añadir al instinto la melodía en el alma y en la voz de este infeliz pájaro.

XIII.

Tal es la vida de Homero; sencilla como la naturaleza, triste como la vida: consiste únicamente en sufrir y en cantar. Este es en general el destino de los poetas, porque las fibras á quienes no se da tormento despiden escasos sonidos. La poesía es un grito que no puede lanzar bien resonante el que no ha sido herido en el corazón. Job no clamó á Dios sino desde su muladar y en medio de sus angustias. En nuestros tiempos así como en la antigüedad, es necesario que los hombres que se hallan dotados de este don elijan entre su ingenio y su dicha, entre la vida y la inmortalidad.

Ahora bien, ¿merece la poesía este sacrificio? ¿Cuál fué la influencia de Homero sobre la civilización, y en qué mereció el nombre de civilizador?

Para contestar á esta pregunta basta leer. Suponed que, en la infancia ó en la adolescencia del mundo, existiera un hombre semi-savage, dotado solo de esos instintos elementales, toscos, que constituyen el fondo de nuestra naturaleza bruta, antes que la sociedad, la religión, las artes, hubiesen formado, vivificado, espiritualizado, santificado el corazón humano; suponed que á un hombre semejante, aislado en medio de los bosques y entregado á sus apetitos sensuales, le ense-

ñara un espíritu celeste á leer los caracteres grabados en el papiro, y que desapareciese en seguida dejándole únicamente entre las manos las poesías de Homero. El hombre savage lee, y un mundo nuevo se presenta en cada página ante sus ojos. Siente nacer en él un millon de ideas, de imágenes y de pensamientos que no conocía; de material que era un momento antes de haber abierto aquel libro, se convierte en un ser intelectual, y de allí á poco en un ser moral. Homero le revela desde luego un mundo superior, un juicio de nuestras acciones despues de la vida, una justicia soberana, una espaciación, una recompensa según nuestras virtudes ó nuestros crímenes, cielos é infernos; todo esto modificando sin duda con fábulas ó alegorías, pero todo visible y trasparente bajo los símbolos, como la forma bajo el vestido que la revela ocultándola. Le enseña despues la gloria, esa pasión del aprecio nuestro y del aprecio eterno, otorgado á los hombres como el instinto mas inmediato de la virtud. Le hace conocer el patriotismo en las hazañas de esos héroes que abandonan el reino paterno, que se separan de los brazos de sus madres y de sus esposas para ir á sacrificar su sangre en expediciones nacionales, como la guerra de Troya, para ennoblecer á su patria comun; le manifiesta las calamidades de aquellas guerras en los asaltos é incendios de Troya; le representa la amistad en Aquiles y Patroclo, la sabiduría en Mentor, la fidelidad conyugal en Andrómaca, la piedad hácia la vejez en el anciano Priamo, á quien Aquiles, bañado en llanto, devuelve el cuerpo de su hijo Hector; el horror hácia los ultrajes que se hacen á los muertos en el cadáver del mismo Hector, arrastrado siete veces alrededor de las murallas de su patria; la compasión en Astianax, su hijo, esclavizado por los griegos desde el seno de su madre; la venganza de los dioses en la muerte precoz de Aquiles; las consecuencias de la infidelidad en Elena; el desprecio de la traición al hogar doméstico en Menelao; la santidad de las leyes, la utilidad de los oficios, la invención y la belleza de los artes; por do quiera, en fin, la interpretación de las imágenes de la naturaleza encerrando todas un sentido moral, revelado en cada uno de sus fenómenos sobre la tierra, en el mar, en el cielo; especie de alfabeto entre Dios y el hombre, tan perfecto y tan bien deletreado en los versos de Homero, que el mundo moral y el mundo material, reflejados uno en otro como el firmamento en el agua, parece que son un solo pensamiento y que no hablan sino un solo y único lenguaje en la inteligencia del ciego divino. Y este lenguaje es cadencioso además por un ritmo de medida tal, é impregnado de tal armonía de palabras, que cada pensamiento penetra en el alma por el oído, no solo como una inteligencia, sino tambien como una voluptuosidad.

¿No es, pues, evidente que despues de ha-

ber ojeado este libro durante algun tiempo, habrá desaparecido el hombre brutal y feroz, manifestándose el hombre intelectual y moral en aquel bárbaro á quien los dioses hubieran hecho conocer de este modo á Homero?

¿Pues bien! lo que un poeta semejante hiciera por este solo hombre, Homero lo hizo para todo un pueblo. Apenas la muerte interrumpió sus cantos divinos, los rapsodistas ó los *homéridas*, cantores ambulantes, en cuyos oídos resonaban aun, y en cuya memoria se hallaban hondamente grabados sus versos, se estendieron por todas las islas y ciudades de la Grecia, llevando á porfia cada cual uno de los fragmentos mutilados de sus poemas, y recitándolos de generacion en generacion en las fiestas públicas, en las ceremonias religiosas, en las puertas de los palacios ó de las cabanas, en las escuelas de niños, de modo que toda una raza se convirtió en edicion viva é impeccedera de aquel libro universal de la primitiva antigüedad. En tiempo de Ptolomeo Filopator, los naturales de Esmirna le erigieron templos, y los de Argos le tributaron los honores divinos. El alma de un solo hombre comunicó su influjo por espacio de dos mil años en aquella parte del universo. En el año 884 antes de Jesucristo, Licurgo llevó á Esparta los versos de Homero para alimentar con ellos el alma de los ciudadanos. Luego apareció Solon, ese fundador de la democracia de Atenas, el cual, mas hombre de Estado que Platon, conoció que existia civilización en el génio, é hizo recoger aquellos cantos esparcidos, á la manera que los romanos recogieron mas tarde las páginas divinas de la Sibila. Despues vino Alejandro el Grande, que apasionado por la inmortalidad de su fama, y cono-

ciendo que la llave del porvenir está en manos del poeta, mandó hacer una cajita de extraordinaria riqueza para guardar en ella los cantos de Homero, y los colocaba siempre debajo de su almohada para tener sueños divinos. Despues vinieron los romanos, quienes de todas sus conquistas en Grecia, nada tuvieron en tanto como la conquista de los poemas de Homero; y todos los poetas solo fueron los prolongados ecos de aquella voz de Chio. Llegaron luego las tinieblas de las edades bárbaras, que durante cerca de mil años envolvieron al Occidente en la ignorancia; tinieblas que solo empezaron á eclipsarse cuando los manuscritos de Homero, hallados entre las cenizas del paganismo, fueron el estudio, el manantial y el entusiasmo del entendimiento humano. En resumen, el mundo antiguo, historia, poesía, artes, oficios, civilización, costumbres, religion, todo se halla en Homero; hasta el mundo literario moderno procede en mucha parte de él, y ante este primero y último de los cantores inspirados, ningun hombre, quien quiera que sea, podria, sin avergonzarse, darse á sí mismo el título de poeta. Preguntar si un hombre semejante puede contarse en la clase de los civilizadores del género humano, equivale á preguntar si el génio alumbrado ó oscurece el mundo; es renovar la blasfemia de Platon; es negar la civilización á los poetas; es mutilar la humanidad en su órgano mas sublime, el órgano de lo infinito; ¡es devolver á Dios sus mas soberanas facultades por temor de que no ofusquen los ojos envidiosos, y de que haga aparecer el mundo real harto oscuro y demasiado pequeño, comparado con el esplendor de la imaginación y lo grande de la naturaleza!

PRIMERA PARTE.

I.

El amor de la patria es á los pueblos lo que el amor de la vida á los hombres aislados; porque la patria es la vida de las naciones. Este amor patrio al mismo tiempo ha producido en todos tiempos y países no escasos milagros de inspiracion y de heroismo. Y no podria ser de otro modo, porque las acciones son proporcionadas al móvil que las produce. La pasion del ciudadano por su patria se compone de todas las pasiones personales ó desinteresadas con que Dios ha formado el corazon humano: amor de sí mismo, y defensa del derecho sagrado que tiene todo hombre, al venir al mundo, á disfrutar su parte de sol sobre la tierra; amor de la familia, que no es otra cosa sino la patria en pequeño y estrechada alrededor del corazon de sus hijos, amor de padre, de madre, de los abuelos, de aquellos de quienes se ha recibido la vida, la ternura, el idioma, los cuidados, la herencia material ó inmaterial, al venir á ocupar el lugar que nos prepararon junto á ellos ó despues de ellos en las ciudades ó en el campo; amor de esposa á quien nuestro brazo debe proteger en su debilidad; amor de los hijos, en quienes revivimos por la perpetuidad de la sangre, y á los que debemos dejar, aun á costa de nuestra vida, el suelo, el nombre, la seguridad, la independenciam, el honor nacional, que constituyen la dignidad de nuestra vida, el suelo, el nombre, la seguridad, la independenciam, el honor nacional, que constituyen la dignidad de nuestra raza; amor á la propiedad, instinto conservador de la especie que da á cada hombre su pedazo de la misma tierra de que está formado; amor del cielo, del aire, del mar, de las montañas, de los horizontes, de los climas crudos ó dulces en que hemos nacido, y por hábito han llegado á formar parte de nosotros mismos, necesidades deliciosas de nuestra alma, de nuestros ojos, de nuestros sentidos; cariño á las costumbres, al idioma, á las leyes, que, por decirlo así, nos han sujetado desde la cuna, las cuales podemos modificar libremente con nuestras pro-

pias luces y nuestra voluntad nacional, pero de las cuales no debemos consentir que se nos despoje por la violencia de ejércitos estraños, porque la civilizacion misma, impuesta por la fuerza, es una esclavitud; y la primera condicion para que un progreso social sea aceptado por un pueblo, es que este pueblo tenga libertad de reclamarlo.

Recapitulando con el pensamiento de todas estas pasiones instintivas que constituyen, segun nosotros, el amor patrio, y añadiendo ademas una pasion natural en el hombre, la pasion de su propia memoria, del recuerdo de sus contemporáneos, de la gloria de su posteridad, que inspira y recompensa andando el tiempo los grandes sacrificios, se comprende que de todas las pasiones humanas, la del amor patrio es la mas poderosa, porque comprende á un mismo tiempo todas las demas, y porque si en la historia deben esperarse esfuerzos sobrenaturales, forzoso será hallarlos en el patriotismo.

II.

Siempre que un sentimiento de esta clase llega hasta el entusiasmo en cualquier país, las mugeres le experimentan en igual y á veces en mayor grado que los hombres. La patria no les pertenece mas que á nosotros, pero como por su naturaleza son mas impresionables, mas sensibles y mas amorosas, se enlazan mas personalmente por todos sus sentidos y por su corazon con todo cuanto las rodea. Esta querida y deliciosa imágen de la patria se compone para ellas de sus madres, de sus hermanas, de sus hermanos, de sus esposos, de sus hijos, de sus hogares, de sus tumbas, de sus templos, de sus dioses; á todo esto se ligan como las cosas débiles á las fuertes, con tantos mas vínculos y con tanto mayor frenesí, cuanto que si faltan estos apoyos ellas perecen con ellos.

III.

Y ademas, sabido es de muy antiguo; la muger, inferior por sus sentidos, es superior por su alma. Los galos la atribuian un sentido,